

EL FUTURO DEL MONCAYO Y DE SU SOMONTANO

H. BOURROUT*

*** Presidente de ANSAR y miembro del C.E.M.A. Zaragoza.**

EL FUTURO DEL MONCAYO Y DE SU SOMONTANO

BOURROUT, H.*

RESUMEN

A través de este congreso, estamos demostrando una vez más, si cabe, el profundo interés del mundo de la ciencia por el macizo del Moncayo.

Es obvio que este gran paraje natural puede ser un inmenso campo de investigaciones geológicas, florísticas, faunísticas y otras; sin embargo, es obvio también que nadie que se acerque al Moncayo puede hacerlo con frialdad, sin sentirse conmovido por la belleza de los paisajes, cautivado por este gran muestreo natural. El contraste al pasar del secarral al hayedo, esta cumbre nevada tan próxima a Zaragoza, estos frondosos bosque, estos pueblos apegados al Somontano son imágenes entrañables e inolvidables. El Moncayo nos cautiva y nos conmueve; no olvidemos que hizo de musa para Becquer. Pero además el Moncayo y su Somontano representan un elemento importante dentro del patrimonio natural de Aragón por la gran superficie que ocupa y por su originalidad. En efecto, una visita al Moncayo nos permite en poco rato conocer la mayoría de los distintos paisajes florísticos de Aragón, y es también un auténtico oasis de bosques al lado del gran desierto de la depresión central. La facilidad de acceso y la climatología relativamente clemente hacen del Moncayo un auténtico Museo de Ciencias Naturales al aire libre, fuente inagotable e interesantísima de recursos didácticos y pedagógicos. En particular para los «urbanistas» zaragozanos.

No obstante, año tras año y a medida que vamos profundizando e intimando con estos parajes, nuestro interés, nuestro entusiasmo se torna en tristeza.

Este Moncayo, antaño tan lleno de vida, poco a poco se nos muere.

* Presidente de ANSAR y miembro del C.E.M.A. Zaragoza.

Sabemos que difícilmente podrá ser un campo de investigaciones, un lugar para el ocio, para el recreo, un Moncayo desertificado, erosionado y degradado. La tala de los bosques, el vaciado de los pueblos, la invasión de basuras son signos inequívocos del declive.

¿Pero cuáles son las razones de este ocaso? La situación actual en la que se encuentra el Somontano es similar a la situación de todas las llamadas zonas deprimidas de media montaña. Tradicionalmente, la agricultura, la ganadería y la explotación forestal han sido las actividades de base e incluso la riqueza forestal y carbonera del Somontano fue notable en otros tiempos.

Hoy en día, la población se ve reducida al 50% de lo que era a principios de siglo. Esto no es más que el resultado de la profunda transformación del mundo agrícola, de la mecanización que favoreció a las grandes extensiones, del abandono por parte de la administración central de cualquier tipo de ayuda a la agricultura y del apoyo indiscriminado a los demás sectores productivos, trayendo al Somontano el fantasma de la emigración. La agricultura, que sigue absorbiendo más del 90% de la población activa, encubre un importante nivel de paro.

Las importantes roturaciones a finales del siglo pasado de encinares y quejigales dieron lugar a importantes rendimientos los primeros años, pero la tierra se agotó enseguida dando lugar a la actual situación de esquilamiento y rendimiento bajo de los terrenos. Actualmente, las zonas de mayor pendiente y peor acceso están prácticamente yermas. En los últimos años, el parque natural ha traído mucho turismo pero de manera anárquica y sin ningún tipo de educación.

El equilibrio sutil establecido entre el hombre, la montaña y su somontano a lo largo de años de convivencia, se ha visto profundamente trastornado por la revolución industrial. Se hace imprescindible hoy en día buscar el nuevo equilibrio que permita perpetuar esta gran parcela del patrimonio natural de Aragón en armonía con la vida de sus habitantes y visitantes.

Estos habitantes de los pueblos del Somontano son actualmente auténticas víctimas de nuestro sistema económico. Han visto como bajaban los precios agrícolas, como bajaba su poder adquisitivo como sus jóvenes emigraban a la ciudad. No es exagerado afirmar que se encuentran en una situación desesperada, sin recursos, sin apoyo y si últimamente la emigración ha disminuido es porque también hay paro en la ciudad. No les queda más remedio que subsistir, sobrevivir en estos pueblos, con el corral, el huerto y una «renta per capita» muy baja.

El parque natural y las expectativas que creó en su día no ha traído más que desilusión y frustración. Solos ante su destino, lejos de resignarse, estas gentes intentan buscar soluciones, cualesquiera, para poder seguir adelante. El aprovechamiento forestal del Cabezo de la Mata y más recientemente la urbanización de Añón van a generar puestos de trabajo, aunque momentáneamente. El caso de la urbanización representa un esfuerzo meritorio de perseverancia (7 años) y es digno de alabanza si no fuera porque un planteamiento global podría traer soluciones globales y de menor impacto ambiental.

Lógicamente, ante esta situación de abandono es difícil hablar el lenguaje de la conservación y de la ampliación del Parque.

Actualmente, la palabra conservación difícilmente se puede aplicar al parque. Por una parte el impacto humano y en particular el de los visitantes es demasiado fuerte y por otra parte las infraestructuras establecidas no concuerdan con esta palabra. Los visitantes, carentes de todo tipo de información o educación, acuden al Moncayo a pasar un día agradable en un ambiente fresco, ignorantes de que penetran en un auténtico santuario natural. Abandonan abundante basura, usan del agua como si fuera del fregadero de su casa y con el ruido y gases de escape de sus coches traen al campo lo que contamina las ciudades. Por supuesto nadie les ha hablado del valor ecológico de cualquier planta, por pequeña que sea.

A nivel de infraestructuras, las áreas de recreo deberían estar fuera del parque. El acceso de vehículos debería estar limitado, el de motos todo terreno prohibido. Las dos edificaciones de reciente instalación, el aula de Naturaleza y el refugio de montañeros no tienen razón de ser en el corazón del parque ya que son de difícil acceso. El encauzamiento de los arroyos y la creación de embalses modifica el sistema hídrico y causa el ahogamiento de la microfauna en una proporción alarmante, (erizos, musarañas, zorros, víboras, luciones e incluso pájaros sin contar un sinfín de insectos).

En las zonas exteriores al parque, las agresiones al medio se multiplican, y en particular en materia forestal con talas y aterrazamientos. Concretamente, en el monte de la Mata se está produciendo una tala a matarrasa de uno de los bosques más meridionales de *Quercus petrae*. Cerca de las Peñas de Herrera, unos aterrazamientos sobre materiales margosos con vistas a una repoblación de pinos pueden, en caso de fracaso causar la pérdida irreversible del suelo. El síndrome de la urbanización amenaza con desfigurar el paisaje, creando núcleos urbanos nuevos, modernos, dotados con todos los adelantos de los que carecen los pueblos vecinos e hipotecando para el recreo una agua imprescindible para el riego.

Esta lamentable situación lo es más si cabe cuando sabemos que no se trata de un problema nuevo ni aislado. (Muchas zonas de Aragón lo padecen). Hace muchos años ya que en todo el mundo, numerosos países u organismos internacionales como la UNESCO, se han volcado sobre la problemática de las zonas deprimidas de montaña y están investigando, ideando y probando soluciones. Es cierto que no se pueden hacer milagros. Pero existen soluciones, existen modelos, existen ejemplos. La UNESCO tiene experiencias piloto en marcha y en Europa funcionan parques naturales en zonas similares. Pero aquí, ni la administración central ni la autonómica se han volcado en serio sobre esta comarca, en una dejadez que no podemos evocar sin sentir vergüenza.

La conservación y futuro del Moncayo pasan sin duda por el mantenimiento de la población del Somontano y tienen que ser los primeros beneficiarios de cualquier planteamiento de futuro estos habitantes. El mantenimiento de las actividades tradicionales agrícolas, ganaderas y forestales, debidamente mejoradas es lo que puede garantizar la recuperación, conservación y equilibrio de los ecosistemas frente a nuestro mundo en rápida y profunda transformación. Esta labor de conservadores debe ser

debidamente reconocida y valorada. El turismo convenientemente encauzado debe ser el complemento de ingresos para alcanzar un nivel de vida decente.

Todas las personas que de cerca o de lejos nos sentimos afectados por la situación actual de esta comarca, estamos profundamente deseosos de conseguir la ordenación territorial idónea que garantice un futuro con el cual nos podamos sentir todos a gusto. Deben buscarse soluciones duraderas, analizando uno a uno todos los factores socioeconómicos y ecológicos que intervienen y realizando luego un planteamiento regional.

En un planteamiento global, podemos intervenir todos, habitantes del Somontano, científicos, ecologistas y administración.

El paso previo a cualquier planteamiento pasa sin duda por el inventario exhaustivo de los valores ecológicos del Moncayo y alrededores. Es preciso saber con que base contamos. Aquí, el papel de los científicos es fundamental. Estos desarrollan los conocimientos y profundizan en el análisis de los procesos naturales y sociales. Tienen que elaborar la información necesaria para la toma de decisiones, formar al personal local, asesorar a los dirigentes. Los científicos deben establecer los enlaces necesarios entre el universalismo de la ciencia y las necesidades particulares del desarrollo regional.

Seguramente se podría avanzar mucho más en esta dirección, y así elaborar las bases de la ordenación territorial y del desarrollo enraizados en el substrato cultural, social y ecológico del Moncayo y su Somontano.

Los ecologistas representamos a un sector idealista y aportamos nuestro entusiasmo, amor y cariño por éste, nuestro patrimonio natural. Seguramente donde está el sentir estará el respeto. Y si algo de este entusiasmo podemos transmitir a los demás sectores de la población, habremos dado un paso importante hacia la conservación. Se dice que somos la conciencia del pueblo, los que protestan y denuncian; pero más que todo esto, intentamos educar. La educación ambiental es parte importante de nuestra labor y hemos empezado ya a trabajar en torno al Moncayo, para conseguir un sentimiento de responsabilidad colectiva por parte de usuarios y visitantes. Varias de las comunicaciones del programa de hoy, se refieren a esta labor.

Las poblaciones afectadas deben ser llamadas a colaborar a diferentes niveles del esfuerzo de investigación suministrando informaciones importantes sobre los problemas estudiados, contribuyendo a la definición de los mismos y participando también activamente en los trabajos científicos. De esta manera deben sentirse plenamente integrados en el proceso de búsqueda y elaboración de soluciones. Generalmente y con razón, ponen en tela de juicio la ayuda exterior, recelando de científicos, ecologistas, administración y políticos. Este sentimiento de marginación, de impotencia, de ser un juguete en manos de los decisores, una víctima del sistema, debe ser erradicado para dar lugar a un clima de confianza y mutuo entendimiento.

Es preciso dejar bien claro que en sus manos está su futuro y que ellos mismos son y serán los propios agentes de este porvenir.

Los decisores, administración y políticos tienen una gran responsabilidad. La credibilidad de la que pueden gozar va a depender del rigor con el que van a tomar sus decisiones. Esperamos de ellos receptividad, capacidad de asesoramiento, de escuchar y la voluntad de conseguir un consenso sobre una base sólida al margen de intereses particulares o políticos. Ellos definen los problemas prioritarios, explican cual es el tipo de información que precisan, determinan los plazos, establecen las restricciones de orden político etc...

Deben patrocinar las investigaciones importantes, facilitar los contactos a todos los niveles. No deberían escatimar esfuerzos, en particular económicos a la hora de abordar los problemas de ordenación territorial tan vitales para el futuro.

¿Qué objetivos deberíamos perseguir en el caso que nos interesa?

En primer lugar, dotar a la población local de los medios de vida necesarios para alcanzar una «renta per capita» similar a la media regional. Y en segundo lugar, garantizar la conservación y mejora si cabe del patrimonio natural. Estos objetivos están íntimamente ligados y se deben conseguir juntos.

Difícilmente podría ser de otra manera. Pero hay un largo camino por recorrer porque no es evidente crear el clima de confianza necesario para empezar a trabajar todos juntos. El diálogo podría ser el camino. Idealizando, pensaríamos en un parque natural amplio, con un patronato dinámico, representativo y una administración emprendedora.

Abogar por un parque natural amplio es pensar en la riqueza paisajística y ecológica no solo del propio Moncayo, sino también de un gran perímetro alrededor suyo, incluyendo zonas colindantes de los municipios de Los Fayos, San Martín de Moncayo, Lituénigo, Litago, Añón, Talamantes, Calcena, Purujosa, Beraton y Agreda.

En particular se deberían incluir los últimos encinares para así conservar un muestreo completo de los distintos pisos de vegetación del Moncayo que constituyen el mayor atractivo ecológico y pedagógico. Las zonas abruptas de conglomerados de Los Fayos o las muelas calizas de las Peñas de Herrera, Calcena, Purujosa, etc... son zonas impresionantes, amplias, algunas de ellas escenarios de prácticas de escalada que por su belleza y carácter salvaje tienen un atractivo sobrecogedor. Aquí cabe destacar que estos farayones son el refugio de la principal colonia de buitres leonados de la provincia de Zaragoza y junto a ellos, crían escasas parejas de Aguila real, Aguila perdicera, Alimoche y Buho real. Estas grandes rapaces, todas ellas protegidas son objeto en toda Europa de un cariño y mimo especial por estar en peligro de extinción y estos países saben que España y en particular Aragón constituyen la gran reserva que permitiera la recuperación de sus poblaciones con una protección adecuada. Estos acantilados son objeto en estos países de especial protección y vigilancia. Estas poblaciones de rapaces, asentadas en estos grandiosos paisajes alrededor del Moncayo sirven de nexo de unión entre las poblaciones pirenaicas y turolenses, asegurando el intercambio de jóvenes y el necesario intercambio genético. La conservación de estas aves no nos debe parecer de ningún modo anecdótico si tenemos en mente su importancia en los ecosistemas. Debemos hacer incapié aquí en el esfuerzo francés y su éxito en la reintroducción del buitre leonado en el Mácizo Central,

donde los ganaderos han entendido perfectamente la utilidad de estas carroñeras que les permite solucionar el problema de las reses muertas, ahorrándose los gastos de transporte, incineración y sepultura. Estos buitres han llegado a convertirse en polo de atención y la contemplación de estas grandes aves es una estupenda lección de Educación Ambiental.

Pero no se debe temer una ampliación de estas características como una medida restrictiva o castigadora, no se trata de una reserva, y la legislación es bastante explícita al respecto. Se trata de potenciar estos recursos naturales asegurando su conservación: menor hacinamiento y mayor dinamismo.

Se prevee el mantenimiento y fomento de las actividades tradicionales pero también el desarrollo del turismo y es lógico entender que el turismo incontrolado acabaría con estos recursos. Dentro de un parque, se encauza al turismo. Pero este encauzamiento no se consigue con guardias ni barreras, se consigue mediante la educación. Los parques naturales están condenados al éxito (en muchos países han llegado a saturación de visitantes, resultando pequeños). Son una válvula de escape para el ciudadano agobiado y si queremos que duren, debemos cuidarlos. La población local puede asegurar este cuidado y los usuarios hemos de pagar este servicio.

¿Cómo conseguir una adecuada educación del público?. Se consigue intentando despertar su interés con la debida información. Eco-Museos, centros de interpretación del paisaje y guías de Naturaleza son imprescindibles. En este sentido, entendemos que un parque natural debe tener, en su zona periférica una o varias áreas de recepción donde existan aparcamientos, servicios y un gran centro de información. En este centro, el público, mediante material expuesto y audiovisual se entera de las características del parque y de sus puntos de interés. Partiendo de estas áreas deben existir una serie de sendas o senderos guiados, debidamente señalizados con flechas y carteles explicativos que permitan descubrir los diferentes aspectos ecológicos, sociales etc... Tiene que haber distintos recorridos, adaptados a la edad y capacidad de los visitantes que pueden durar desde unas pocas horas hasta varios días, previendo zonas de acampada (en la periferia) o albergues rurales en las distintas poblaciones.

En estos centros de información se debe hacer especial hincapié en la fragilidad de los ecosistemas. Unos guías de Naturaleza tendrán como misión controlar y dinamizar las visitas.

Las infraestructuras necesarias para el turismo deberán estar perfectamente integradas en el entorno, en el hábitat rural (restauración o adecuación de edificios existentes ya) y no causar impacto. La presión turística no deberá en ningún momento afectar al buen estado de la fauna, flora y ecosistemas en general.

Con la observación de estas simples reglas, podríamos avanzar tranquila y serenamente hacia el futuro.

Somos conscientes de que las limitaciones para avanzar son esencialmente humanas. Unos tienen la tierra, otros el saber, otros el entusiasmo y unos pocos el poder y el dinero.

Pero estos últimos son los que deciden. A veces no deciden nada o deciden en función de sus propios criterios.

Hasta ahora el parque natural de La Dehesa del Moncayo ha existido más sobre el papel que sobre el terreno, sin embargo, debe ser motor de futuro.

Deseemosle larga y próspera vida por el bien de todos.